

Mariano Latorre.

... Y UN FILON DE ROJO RAULI

LA SELVA

EN el vivo cristal del aire, que enmarcan tupidas murallas de coigües, resuenan acompasados golpes de hacha. En tal forma atruenan la salvaje soledad, repetidos por las umbrías, que todos los ruidos enmudecen. Más que brazos humanos parecen gigantes ocultos en la espesura los que hachan los centenarios raulíes de frente verde clara. A los pocos minutos se acallan los golpes. Con una suavidad de vuelo que termina, el silencio llega otra vez.

Oyense, ahora, broncas imprecaciones que la selva multiplica en mil ecos endiablados.

—¡Coipo! ¡Cordillera! ruge el boyero, ¡Cordillera! ¡Coipo!

Y en el faldeo, un maderero desplaza el enorme tronco de raulí. Aun se abriga el rojo corazón del árbol en su milenaria envoltura de doradas cortezas. Clavados en ellas, los diablos o garfios de fierro lo hacen resbalar, poco a poco, hacia el plan.

Agita el boyero la garrocha sobre los cuernos de la yunta.

—¡Coipo, teza!

El maderero aprieta aún más la palanca, apoyando sus piernas en el tronco. Los dientes de los diablos penetran en la aromosa carne del raulí, descascarillando las cortezas. El trozo gira sobre sí mismo, y avanza, hasta asentarse pesadamente en la escotadura del yuguillo de la carreta trozadora. Acomodado en el triángulo de pellín de la cama, semeja un monstruoso mortero de guerra.

—¡Coipo, Cordillera!

Y los geniecillos juguetones del bosque se paran, entrelazan, enredan las duras voces de los hombres en una locura de sonidos.

Con su preciosa carga, avanza la carreta por entre los coigües, hacia el aserradero.

Siempre dócil, el silencio torna a su lugar.

Y ahora es una descarga violenta la que estremece la selva entera, propagándose como un trueno por entre los árboles. Los caballos, inquietos, tiran de sus riendas. Ladran los perros en las ranchas de tablas. Luego, crepitan en prolongada fusilería las astillas rotas.

Otro raulí y ya son miles, atropellando arbustos y coliguales, se ha desplomado para siempre.

Vuelan los pájaros con precipitado batir de alas. Miles de abejas dispérsanse asustadas. por los claros de la selva.

Pero la calma se restablece de nuevo. Recobra la selva su sonora respiración. Las torcazas retornan a los lingues y las bestezuelas anónimas del bosque a sus correrías habituales.

JUAN AZÓCAR, EL CONTRATISTA

—¿Cómo diablos se te desastó ese buey Golondrina? ¡Un baqueano como tú, Troncoso! ¡Ya no se puede uno fiar de nadie! ¡Y con la escasez de bueyes que hay! ¡Pero no creas que esto va a quedar así!

Con impaciencia colérica soltó Juan Azócar, contratista del aserradero, estas frases de reconvención.

El maderero, un hombre alto, de negras barbas y vestido de parchados harapos, como la mayoría de los hombres de la selva, se excusó calmadamente.

—Pura fataliá, no más patrón. E corrió el trozo en la loma y cualquiera lo sujeta. Cuando fletaba el año pasado y se me esgració el Clavel, qu'era buey mío, na que reclamé.

Nada replicó Azócar al oír estas palabras. Pareció súbitamente calmado y variando el tono de la voz, como si diera al olvido su cólera, preguntó:

—¿Dónde quedó el buey?

—Ei tá, etrás esos coigües, dijo el hombre, sin volver la cabeza, aun resentido por lo que creía una injusticia del patrón.

Caminaron un corto trecho, orillando una colina baja. En el pasto que brotaba lujurioso entre los árboles, estaba echado el enorme buey. La pulpa viva y sangrienta, sin su estuche córneo, goteaba aún gruesos coágulos de sangre a lo largo de las orejas caídas. No exteriorizaba sufrimiento alguno. El no moverse cuando los hombres se acercaron fué quizá la única demostración de su dolorosa fatiga. Tenía, más bien, una acti-

tud de descanso, inmóvil la testa resignada, indiferentes sus redondas pupilas, que parecían hechas de una materia pétrea, sin vida, pero de luciente negror.

Azócar lo miró unos segundos y ordenó en seguida:

—Lleva ese buey al aserradero. Allá está el Pampa, en el potrero del bajo. Tráelo ahora mismo. Hay que apurar el acarreo de trozos lo más que se pueda.

—Bien, patrón, asintió el maderero.

Azócar fué en busca de su caballo. Atado al gajo de un tronco muerto, estaba el mulato que trajo con él del Norte, al hacerse cargo del aserradero. Buen caballo chileno, de alzada poco común, de vivos ojos y ágiles remos. Azócar quería como a un ser humano. Mucho más, al librarlo, recién llegado, de los venenosos renuevos del lingue, mortales para casi todos los caballos traídos del norte. Desde entonces, el mulato fué una prolongación de su vida, casi un camarada en el destierro. Para los camperos, el patrón mismo.

Juan Azócar, contratista del aserradero de Huis capi, socio del verdadero dueño, un senador santiaguino, había llegado al Sur hacía dos años. Nadie lo conocía en la región y a nadie había contado nada de su vida.

Moreno, de ojos pequeños y duros, de baja estatura, pero de recias espaldas, era un típico chileno del valle central. Diferenciábase grandemente de los hombres del sur, aindiados y humildes. Daba la impresión de un perfecto dominio de sí mismo. Ademanes rápidos, decididos. Incansable en la fiscalización de los trabajos del aserradero.

Subió al caballo y sin despedirse de sus trabajadores, se perdió entre los árboles. Tomó una de las paralelas, formadas por las carretas en su constante acarreo de trozos de la selva al aserradero. Caracoleaba la huella por entre inmensos coigües, cuyos troncos elevábanse rectamente hacia lo alto: en el extremo del simétrico fuste, el penacho verdinegro de su copa, recortada y graciosa como un arbusto de jardín.

La selva llenaba la atmósfera con sus rumores cotidianos: murmullo de hojas, sordina de abejas, gorgoritear de aguas ocultas. Un chucao, a ratos, reía entre las quilas y al paso del caballo, los huíos daban silbidos de alerta.

A través de los ramajes, la luz del sol rayaba el camino con franjas de oro, temblantes como aguas dormidas al menor hábito de aire

Juan Azócar detuvo el caballo para liar un cigarrillo. Mojó con deleite el cuadradito blanco y voluptuosamente dió la primera chupada. Soltó las riendas de nuevo. Halagadoras ideas

alivianaban su cerebro. El buey desastado en la colina era un contratiempo sin importancia. La suerte le sonreía por primera vez. Se desterró voluntariamente junto al banco aserrador de Huiscaipi (el pueblo más cercano, Coyanco, estaba a seis leguas de malos caminos) y en esta soledad sentíase bien. Castillos de magníficas tablas y listones de raulí amontonábanse a cinco metros de las barracas. Mañana y tarde, la sierra devoraba las cortezas de la valiosa madera y las carretas fletadoras crujían, tarde y mañana, por los caminos en declive con su preciosa carga rojiza. No era agradable la vida bárbara de la selva, pero la idea de volver a Santiago, una vez entregadas a la Sociedad «Buques y Maderas» las cien mil pulgadas del contrato, tenía para Azócar una halagüeña perspectiva. Su vida, que un envión de la suerte, estuvo a punto de malograr, volvería a rehacerse. En el aislamiento de la selva, el recuerdo de su pasado se iba borrando poco a poco, y él mismo se había convencido de que nada sucedió nunca. Y sabía, además, que si llegaba a oídos de sus hombres, los que hachaban raulíes, aserraban trozos o cantoneaban tablas, algo de su existencia anterior, nada debía temer. Tras las barbas hirsutas o bajo los ponchos raídos de esos hombres, ocultábanse caídas y delitos que debía ignorar la policía de Coyanco. Este enigma de sus vidas era, en la montaña, un poderoso eslabón de solidaridad.

Cinco carretas fleteras, ya cargadas de rojos gavillones de raulí, lo esperaban para seguir su peregrinación, en primitivas balsas fluviales, desde la ribera del Toltén a la apartada línea férrea.

Contó Azócar las tablas y firmó las guías.

Crujiente, pesado, el convoy se puso en movimiento entre los ásperos gritos de los carreteros.

Jadeaba ruidosamente el motor y la sierra, al hincar sus dientes agudos en la madera virgen, cantaba con sibilantes zumbidos o se apagaba en sordas estridulaciones, como fluir de subterráneas corrientes, si hallaba resistencia en los macizos troncos. Y entre el chirrido de las palancas o el rodar amortiguado de las poleas, movíase un grupo de hombres sudorosos, ajenos a la idílica serenidad de la selva que los rodeaba. Como un rocío de sangre, saltaba el aserrín de los dientes de la sierra para cuajarse, húmedo aun de rojas savias, en los salientes del maderamen y en las cejas y barbas de los hombres; y esparcirse, hecho polvo, al menor soplo del aire; desplazado por los trajines de los hombres o las poleas en movimiento.

Al ver a Azócar, un niño salió corriendo del galpón. Le alargó un paquete de cartas y de diarios. Facturas, sobre todo. Azó-

car había roto con el mundo que viaja en los nocturnos y que no se aventura, a lomo de caballo, por las cordilleras, vestidas de selva.

Bajó del caballo, entregando las riendas al niño. Sentado en una ruma de tablas, empezó a revisar la correspondencia. De pronto, se puso de pie alarmado. Sus dedos estrujaron nerviosos una carta que volvió a leer una y otra vez.

El contador del consignatario de las maderas del aserradero en Loncoche, amigo suyo, le avisaba que José Henríquez, de Temuco, creíase con derecho a los raulíes de Huiscaipi.

Su intención era la de ocupar los terrenos fiscales contiguos a la hijuela, porque había desembarcado en Loncoche un banco y un motor y un tal Mera, conocido matón del sur, reclutaba fogoneros y cantoneadores para dirigirse a la montaña.

No revisó Azócar el resto de la correspondencia. Este incidente trastornaba de raíz todos sus proyectos. Lógicamente se precisaron en su memoria los hechos anteriores a su aceptación como socio de la firma que hoy llevaba su nombre: Azócar y Cía. Su patrón lo había puesto, entonces, sobre aviso. Las maderas que explotaba hacía un año pertenecían a las reservas fiscales, pues la hijuela comprada al primer ocupante lindaba con el arroyuelo donde eran arrojados el aserrín y las tapas de los trozos. El raulí de esas hectáreas había terminado en los primeros meses de la explotación; y las hachas, poco a poco, iban abriendo brecha en la selva virgen, tras la veta de raulíes que, muy cerca del volcán Coyanco, rumoreaba con sus millones de hojas en la nueva primavera. Azócar lo sabía muy bien. En esto era solidario del ricacho santiaguino que compró las mejoras al colono. Había que defender la posesión a toda costa. Impedir la llegada a la selva del rival de Temuco, no resignado a dejar que otro aprovecharse el filón de rojo raulí. Era preciso inquirir noticias, prepararse para una lucha en caso necesario.

Metióse las cartas y diarios en el bolsillo y entró a los galpones. Gritó desde allí, sobre el traqueteo de motores y palancas.

—Me voy a Coyanco, Gutiérrez. Vuelvo mañana.

Dirigíase al palanquero, pero éste no alcanzó a oírle. Detuvo solícito el motor y todo aquel desconcierto de escapes de vapor y de poleas zumbadoras, se fué acallando. Gutiérrez se aproximó. Era un hombre moreno, de cabellos y barba negra, abundantes, a las que el aserrín daba momentáneamente un tono rojo.

—Que me voy a Coyanco. Vuelvo mañana, para el pago.

El palanquero asintió con la cabeza. Tuvo Azócar la inten-

ción de comunicarle a su hombre de confianza la dificultad que inesperadamente le salía al paso, pero no lo hizo. Era más cuerdo callarlo por el momento. Los comentarios entre los obreros podrían ser perjudiciales en caso de un choque con la policía. No dudaba de su lealtad, pues los unía un mismo interés. El paro del motor traería la miseria para ellos y para los maderos y dueños de carretas fleteras.

La mayoría de los obreros que trabajaban en Huiscaپی eran descendientes de antiguos colonos de la región. Las hijuelas, limpias hacía años, apenas daban para comer hipotecadas en las tiendas de Coyanco. Sin el repentino auge del raulí esos viejos colonos y sus hijos habrían abandonado las tierras, para volver al inquilinaje de donde emigraron llenos de fe en el porvenir, embriagados por la repentina posesión de un pedazo de selva.

Al montar Azócar a caballo para encaminarse a Coyanco, se le acercó el boca sierra. Era un muchacho rubio, quizás algún extraviado descendiente de colonos alemanes ya arraigados a orilla del Trancura. Quería diez pesos a cuenta.

Azócar arrugó el entrecejo y respondió con sequedad:

—Ya sabes que las cuentas se arreglan los Sábados.

—Sí, patrón, pero el Domingo hay carreras en Coyanco y usted no ha de volver.

Estuvo a punto de retar al muchacho por lo que considerara una insolencia, pero se contuvo. Recordó de improviso una discusión entre hacendados, un día Domingo, en el hotel de Coyanco, sobre los méritos del caballo chileno y de las carreras concertadas para probar la velocidad y resistencia de los caballos que criaban en sus fundos.

Sonrió condescendiente y le contestó al muchacho:

—Yo vuelvo mañana, a las doce. No tengas cuidado.

Y la perspectiva de la fiesta regional, que había olvidado por completo, estimuló sus nervios. Era chileno y el primitivo deporte, con sus interminables discusiones y falsas partidas, lo excitaba con amables ideas opitimistas.

Galopó algunos minutos por el camino plano que partía la antigua selva en dos grandes masas de árboles, que las quilas habían hecho inaccesibles. Algunos pellines, aun con enormes lacras de carbón, crispábanse en agónicos estertores sobre la esponjada red verde clara del quilantar. Muchos troncos podíanse sobre la verdura de los pastos, como cadáveres insepultos.

Azócar seguía cavilando sobre la eventualidad que brusca-mente cerraba el camino a su fortuna. A fuerza de insistir en

las mismas ideas y de hablar con los mismos hombres, habíase trazado una línea de conducta y no se desviaba de ella. Su actitud fué siempre defensiva en la montaña. Anticipaba los hechos, el que pega primero pega dos veces, pensaba, y los medios para detener ese motor que rodaría con sus pesadas llantas de fierro por los baches del camino de Loncoche presentábanse claros y precisos a su imaginación. Su plan podía modificarse, después de hablar con Jabalquinto, proveedor del aserradero o con Ramos, oficial civil de Coyanco y astuto pleiteador en las complicadas disputas de deslindes de la frontera, con el cual pensaba visitar al Comandante de Policía de Coyanco para prevenirlo de la inminencia del choque. Por ningún motivo, dejaría el campo que ya ocupaba el banco aserrador.

Unas tranquilas le interceptaron la pasada. Bajóse y corrió los tramos. Los volvió a encajar cuidadosamente. Era la costumbre de todos los viajeros que atravesaban las hijuelas.

Al reanudar su camino, el interrumpido soliloquio volvió otra vez. Habíase acostumbrado a este monólogo interior que a veces era un diálogo en el que se personificaba el aspecto negativo de su temperamento. La soledad había dado forma a este interlocutor escéptico, que discutía sus impulsos y los neutralizaba.

¿Quién sería este Mera, al que confiaba Henríquez la suerte de su banco aserrador? ¿Tendría realmente la intención de ocupar los terrenos fiscales, cuando se acercaba tan decidido a Huiscaji?

Súbitamente, tomó cuerpo la figura enorme, obesa, de un hombre de gesto áspero, cuya cara rayaban cicatrices de bermejo brillo. Lo había visto en el hotel de Loncoche por primera vez. Recordaba hasta su nombre: José María Mera. Su nombre y sus oficios. Maderero o agente electoral, agricultor y cuatrero si el caso se presentaba. Un típico producto de los pueblos del sur, especies de campamentos que aún vivían de los bosques próximos a sus arrabales.

—Es el mismo. No cabe duda, confirmó su escondido interlocutor.

Azócar desembocaba ahora al camino real que seguía la margen del lago Coyanco hasta el pueblo. Descansaron sus ojos y sus nervios en el ancho letargo azul de las aguas, después de recorrer las torcidas veredas de la selva, limitadas por el muro sombrío de los árboles. Una áurea ebullición rompía en el centro la pulida quietud de las aguas. Nubes blancas descansaban en el perfil de los cerros oscuros y todo espejábse invertido en su impecable inmovilidad.

JUAN DIABLO Y LOS HOMBRES DE LA SELVA

A las seis de la tarde caminaba Azócar hacia el aserradero. Las noticias recibidas de Loncoche se confirmaron en Coyanco. El motor había salido ya, tirado por tres yuntas de bueyes. En dos días más pasaría por el pueblo. Capitaneaba la pequeña expedición que venía a la conquista del raulí, de su raulí, José María Mera, el mismo que había conocido en el hotel de Loncoche hacía un año. Su memoria, agudizada por el ejercicio, suministrábale detalle tras detalle. Veía a Mera frente al mostrador de la cantina, tapando parte de la pequeña estantería con sus cuadradas espaldas de matón. Un grupo de aldeanos, de caras gastadas y opacas, celebraban con sonoras risas los chistes que Mera narraba con una voz llena, despótica. Los ojos grises brillaban, excitados por el alcohol, como dos pequeños monstruos voraces, en la redonda carnosidad de sus mejillas, que manchaban costurones sanguinolentos y hoyuelos de peste, semejantes a los agujeros de un cedazo gastado. Y el apodo con que se le conocía en los pueblos del sur, a causa de su corpulencia y de sus manchas rojizas, se precisó inesperadamente en su memoria.

—¡Claro! ¡El Toro Frutilla!

Pronunció las palabras en alta voz. Su contendor respondíale desde la sub-consciencia, como poniéndolo en guardia ante el porvenir, desconfiado esta vez como otras era amable y animador.

El gesto audaz, el cuello ancho y desbordado los ojos retadores y viles, le recordaron a uno de esos toros semisalvajes que vivían entre los árboles, señores de la selva y enemigos natos del hombre.

Este hombronazo sin escrúpulos, brazo derecho de Henríquez, que había agrandado sus tierras a expensas de las hijuelas de los colonos, contaba de seguro con la policía de Loncoche y con el beneplácito de los agrimensores de la Inspección de Tierras, a quienes alojaba en su fundo. Sabíalo, además, un activo agente electoral de la frontera. Y luego la vida de francachelas, la baraja en las lluviosas noches del sur, unen más que lazos de familia y el delito común hace brotar en los individuos más dispares, un hondo sentido de camaradería. Como un escalofrío el desánimo debilitó su energía. Un aletazo ciego de la suerte, él creía obrar conforme a la justicia, lo ponía otra vez al borde del abismo. Las cien mil pulgadas de raulí que a principios del Otoño debía entregar a «Buques y Maderas» se dispersaban

como balsas deshechas por la corriente. ¿Podría luchar con ese hombre ventajosamente? En el sur todo le era hostil. Sus mismos hombres lo abandonarían si la suerte no le era favorable. Cambiar de amo nada significaba para ellos si se les ofrecía trabajo y se les arrendaban sus yuntas y carretas. Además, para las gentes del sur, él era un futre, un santiaguino. Debían considerarlo un intruso, explotadores y explotados. Todos creíanse dueños de la tierra y cualquiera ocupación, por legal que fuese, mirábanla con recelo.

Vió repentinamente claro que el éxito dependía sólo de su propia iniciativa. En nadie podía confiar, ni aun en sus allegados de Coyanco, dóciles a cualquiera influencia, al menor indicio de su flaqueza. Su voluntad se rehizo de nuevo vigorosa. La acción despertábase en él lentamente, a pequeñas sacudidas, como en todo chileno de raza, pero una vez decidido ningún obstáculo lo detenía.

Se aproximaba a la orilla del lago. Puso al galope su caballo. La quietud dormida de las aguas era para él un beleño restaurador. Un hálito de frescura brotaba de las aguas azules y gemía, como una caricia, en sus oídos. Rumoreaban con rápidos lengüeteos las pequeñas olas en la playa oscura. El sol del atardecer, tamizado por el invisible cendal de los roces, teñía de un rojo de sangre los cerros bajos, negros de selva.

Al entrar a la playa, paró el galope.

—Cuerpo a cuerpo no podré luchar con ese hombre, se dijo, pero inmediatamente su otro yo le repuso:

—Pero tu carabina apuntará adonde dirijas la mira.

Y desfilaron por su memoria, claros y risueños, los meses en que hizo su servicio militar en el Buin. Conservaba aún su libreta de licenciamiento. Allí había una elogiosa recomendación por su puntería. Y los zorros y torcazas de la selva podían atestiguarlo ahora. El motor no debía llegar a Huiscaپی, sucediese lo que sucediese.

Su decisión se cristalizó, como era su costumbre, en una frase:

—No dispararé mientras no se me provoque.

El sol se había puesto cuando llegó al aserradero. El motor estaba ya apagado. Sombras mudas, los hombres fumaban sentados en el borde de los troncos o en rumas de tablas no clasificadas. En el cielo, tembloroso de estrellas, los coigües quemados retorcían sus ramajes desnudos en trágicas demandas de auxilio y el lomo de los cerros cortaba la claridad estrellada con un denso muro de sombra. Pasó de largo hacia la pequeña casa que él mismo hizo construir a media cuadra del aserradero.

Encendió, como todas las noches, la lamparilla de parafina y la puso en el mostrador de la pieza contigua al dormitorio, que hacía de despacho.

En un instante más, el palanquero y los demás operarios se acercarían pausadamente. La luz de la lamparilla servía de guía. A esa hora arreglaba todos los sábados las libretas de los hombres. Era, también, el momento propicio para comunicarles la proximidad del peligro.

Afuera oíanse voces. Carraspeos, toses, arrastre de ojotas en las escaleras y sobre el pequeño entarimado que equilibraba las piezas en el violento declive del cerro. Especie de terraza que dominaba el hondón, limpio de coigües en aquella parte.

Gutiérrez, como un capitán, se asomó a la puerta, precediendo al grupo de obreros que esperaba, desde afuera, una orden para entrar. Adelantóse hacia la luz. Su figura morena, en que la cara achicábase entre la espesa cabellera y la exuberante barba, se inmovilizó al borde de la mesa. Azócar lo miró unos segundos. Parsimoniosamente, el palanquero sacó del bolsillo de su chaqueta, tiesa de aceite, una libretita sucia. Los demás avanzaron un paso con timidez.

Su voz monótona comenzó a enumerar los días de trabajo de los obreros. Los dedos negros movían torpemente las hojas.

—José Rivas, seis días.

—Otto Kraus, seis días.

—Felipe Méndez, seis días.

—Pedro Quilquitripay, cinco días.

Azócar escribía los nombres en un libro grande; y daba la orden que servía de cheque para Jabalquinto, en Coyanco.

—Pedro Troncoso, seis días.

Azócar levantó la cabeza. Enorme, de salientes pómulos, de donde colgaba una prodigiosa barba oscura, el maderero esperaba sus palabras. En el tabique de pálidos listones de laurel, temblaba su sombra con vaguedad espectral como si fuese más bien el reflejo de su pobre ánimo atribulado. Prodióse un silencio de muerte. Nadie miraba al compañero, abandonándolo a su desgracia. Azócar habló, por fin, sin encono, pero con su habitual tono de mando:

—¿Y el buey Golondrina?

Carraspeó Troncoso.

—Ey tá, en la pesebrera.

—Sí, ya lo sé, remedó Azócar, ey tá.

El silencio los enlazó de nuevo, pesado, amenazante. Los obreros parecían haberse petrificado con sus harapos, llenos de

parches y sus caras gastadas y lustrosas, como ejes de viejas carretas.

Sólo Troncoso restregó sus manazas de gigante con un movimiento nervioso, casi delicado, increíble en su corpulencia. Musitó su disculpa, aminorando la falta.

—Tuavía se puee enyugar. Le quea un piazo e cacho. P'al arao sirve...

Una sonrisa condescendiente suavizó el rostro habitualmente severo de Azócar. Su mirada fría recorrió a los hombres, que la llama fluctuante desdibujaba en borrosas siluetas.

—Hay que tener cuidado con las yuntas. No podemos parar un momento el acarreo de trozos. Las cosechas están encima y necesitamos madera para un mes en el aserradero.

Troncoso, tranquilizado, daba razones sentimentales, casi enternecido:

—Ná me había pasado, On Juan, en los dos años que llevo acarreando trozos, dende que su mercé llegó a Huiscapi.

—Ya lo sé, Troncoso. Por eso no te cobro daños.

El grupo de hombres tornó a la vida al oír estas palabras, como si las ligaduras del terror se hubiesen alojado de improviso. Movíanse ahora. Algunos se comunicaron sus impresiones. Comenzaron a salir, de puntillas, para no restregar sus ojotas en las tablas.

Azócar permaneció largo rato con los ojos fijos en las ringleras de números de su libro de cuentas. Algo lo hizo levantar los ojos repentinamente: un leve estremecimiento del aire, casi el soplo de una respiración.

Inmóvil; los ojos brillantes y oscuros, como dos enormes granos de maqui, con un chispeo de zorruna malicia, sonreíale el chiquillo del aserradero. Una pelambre negra, de tiasas mechas, que había tomado en su abandono la forma de un bonete puntiagudo, cubría su cabeza zahareña. Y su cuerpecillo débil vibraba con no sé qué avizora gracia de quiltro. Su actitud era la del perro que espera un mendrugo o por lo menos una palabra cariñosa del amo.

Azócar dejó el libro y sonrió al niño. Se pasó el revés del brazo por la nariz, única muestra de su emoción y volvió de nuevo a su actitud primera.

Unía al patrón y al niño un curioso lazo de simpatía. Miráronse sin decir palabra, como si ambos quisieran prolongar unos segundos esta corriente de tibia camaradería. Siempre era así, si el azar los hallaba solos.

Azócar desarmábase ante el niño. Y cada vez que la casualidad los ponía frente a frente, sin testigos, recordaba como Juan

Diablo (así lo llamaban en el aserradero y en las hijuelas del contorno) apareció a sus ojos una mañana neblinosa del Otoño pasado.

Limpiaba el barro de sus botas en la escalerilla de su casa. Al volverse, vió la raída traza del niño frente a él, callado, inmóvil como ahora. Sus ojos oscuros chispeaban y sus manos renegridas restregábanse entre sí en un movimiento inconsciente. Temor y curiosidad había en él, al mismo tiempo. En tal forma, que Azócar temió la escapada del muchacho, hacia el monte, apenas le dirigiese la palabra, pero no fué así. Miráronse unos segundos y este primer encuentro grabóse entre ellos para siempre, como en una cariñosa y tácita complicidad.

Azócar le preguntó risueño:

—¿Y tú, de dónde sales?

Con cómica seriedad respondió el niño:

—Del mundo, patrón.

Azócar soltó la carcajada al oír esta frase sentenciosa en la boca de un niño:

—¿Y quién sos vos?

Juan Diablo, siempre grave:

—El hermano del otro.

El otro, bien lo sabía Azócar, era un muchacho que ayudaba desde hacía un año, a empujar tablas en los rolletes o echar leña al motor.

Así empezó Juan Diablo la primera etapa de su vida vagabunda. Aserrinero si el patrón no lo enviaba a Coyanco en busca de cartas o telegramas; campero de las vacas y caballos o pinche de cocina, en la mediagua donde la Brígida preparaba la comida del patrón. Por todas partes, veíase su figurilla morena, escurridiza, como un zorro, bajando a todo correr por los declives con un balde agua o saltando por encima de los enormes trozos de raulí, soñolientos como animales cansados a la entrada del aserradero.

Azócar habló por fin:

—Quédate, Juan Diablo.

Y detuvo deferentemente a su palanquero.

—¿Quiere llamar de nuevo a los hombres, Gutiérrez? Necesito hablarles.

Entraron algo cohibidos al despacho. No esperaban este llamado y en sus caras inexpresivas pintábase el temor. Juan Diablo se encaramó en un saco de trigo, cerca del mostrador.

Azócar quiso hablar solemnemente, para hacerles comprender la gravedad del instante. Así se dirigía a los conscriptos en el cuartel, pero este primer impulso se desvaneció en un atragan-

tamiento inadvertido y sus palabras fueron claras y familiares. Los unía, quizá, por primera vez, un interés común. El filón de rojo raulí les pertenecía, porque ellos lo descubrieron y ahora les daba para vivir.

—José Henríquez, el que le compró las mejoras a Anacleto Muñoz, ha declarado en Loncoche que nosotros le estamos aserrando en la raulizá de su hijuela y manda a un tal Mera, con un motor y un banco, para instalarse al otro lado del estero. Como ustedes saben, la única mancha de raulí que hay por estos lados, es la de Huis capi.

Troncoso, el maderero más viejo de la peonada, dió noticias de Mera, a quien conocía, feliz de congraciarse con el contratista.

—Ese es collollo conocido, esculpando la palabra. El Toro Frutilla lo mienta la gente pu'allá y es rechúcaro, su mercé. A balazaos anduvo quantu'ha en Huaipire, por una yunta e bueyes robaos.

Gutiérrez, nieto de colonos, nacido y criado en la selva, agregó un viejo refrán de la comarca, donde abundaban desde la guerra de la Araucanía los Astudillos y los Meras.

—Astudillos y Meras, el que nu'es olla es tapaera.

Troncoso le repuso como en un contra punto:

—Meras y Astudillos, el que nu'es honrao es pillo.

Los hombres rieron ingenuos la picardía de los refranes locales

El terreno mostrábase propicio. Bien lo notó Azócar. Y en sus palabras volvió a predominar el tono de mando que el servicio militar imprimió en él para siempre.

—A toda costa debemos atajar a Mera. Instalado aquí, no sólo explotaría las maderas sino que metería pleito a los hijueleros para quedarse con las tierras.

Prodújose entre los operarios un rezongo desaprobatorio. Lo que Azócar les anunciaba era la verdad. Había sucedido muchas veces en el sur. Sucedió aún. Los colonos viéronse arrojados de las tierras que ocupaban en numerosas circunstancias y los carabineros apoyaron al usurpador que traía de Santiago concesiones fabulosas de tierras fiscales.

Sólo el indio Quiltriquipay, vestido como un colono, permanecía indiferente, apartado del grupo, inconmovibles las salientes mejillas como si fueran de piedra. El palanquero aventuró una observación:

—Pero l'hijuela suya, on Juan, eslinda en el estero.

—Ya lo sé y la de Henríquez llega al Correntoso. El terreno hasta el volcán es fiscal y nosotros lo tenemos ocupado. Por eso

hay que sujetar a Mera a la salida de la hijuela. Lo antes posible hay que sacar el terreno a remate, Mi socio lo arreglará todo en la Inspección de Tierras, para la toma de posesión. Esto es seguro.

Los obreros oían en silencio. Sólo carraspeos, movimientos imprecisos que eran otras tantas ideas no expresadas. Nada entendían de estos continuos e inesperados trastornos de la posesión, hijos de un vicioso sistema administrativo. La tierra pertenecía al que derribó los centenarios pellines y en los húmedos surcos arrojó las primeras semillas. Este concepto elemental no había variado de abuelos a nietos y era el justo por ser el más simple. Se acostumbraron a ser víctimas y a esperar resignados una justicia problemática, casi extraterrena. No oponían resistencia y abandonaban simplemente sus hijuelas si la fuerza pública los compelia a desocuparlas y se hacían inquilinos de sus mismos explotadores, sin pensar que fueron sus brazos sin fatiga, armados del hacha, los que limpiaron el campo y domaron la selva.

Por el momento confiaban como niños inexpertos en Azócar y harían lo que él les ordenase. No por afecto, sino porque el azar los puso bajo su tutela y de él recibían el pobre jornal que bastaba para lo que ellos llamaban sus vicios: tabaco, azúcar y yerba. Y los que Mera contrató en Loncoche no se diferenciaban de éstos. No había entre ellos ninguna solidaridad de clase, tan doblegados estaban. Eran instrumentos de los capitalistas y explotadores de las tierras en formación.

Gutiérrez se adelantó a hablar, en nombre de sus compañeros, en vista de que Azócar nada propuso:

—¿Y qué se hace, patrón?

Esta pregunta llenó a Azócar de buenos presentimientos. No conocía aún a sus hombres, acostumbrado al huaso del centro de Chile, en el fondo más ladino y consciente de sus derechos. Y tomaba por abnegación lo que sólo era ley de fatalidad, azar de las circunstancias.

Y explicó fogosamente con súbita embriaguez de virilidad:

—El motor estaba ayer en Guaipire, según le dijo un balsero a Jabalquinto. Mañana en la tarde puede llegar a Coyanco. Para acercarse a la montaña necesita dos o tres días más. Por este camino tiene que subir. Volteamos unos cuantos coigües, de los grandes y ahí se quedan el motor y el Toro Frutilla por más bramidos que dé...

Intencionadamente empleó el sobrenombre de Mera y su semejanza con un toro enfurecido, para acercarse a los hombres. Y tuvo éxito, porque Troncoso afirmó convencido:

—Renunca pasa, patrón.

Y los demás, a su turno, repitieron la frase del compañero, que concretaba la idea de todos en ese instante.

—Renunca pasa.

—Claro que renunca.

Gutiérrez, siempre práctico, preguntó de nuevo:

—¿Y cuándo voltiamos esos palos, patrón?

Azócar recordó las carreras de Coyanco y se dió cuenta que los hombres temían por ellas. Repuso condescendiente:

—No apura. Se pueden botar el Lunes. Se le ponen dos hombres a cada palo y el trabajo anda ligero.

Sus ojos buscaron risueños a Juan Diablo, encaramado en su saco, como para alcanzar así la estatura de un hombre, pero al sentir la mirada de su amo se deslizó a tierra, plantándose en medio de la pieza. Había adivinado lo que el patrón exigiría de él.

Azócar dijo sencillamente:

—Juan Diablo será el loro.

El niño cubrió al grupo de hombres con la ingenua vanidad de su mirada. Casi un reto varonil parecía y bondadosamente lo aceptaban ellos. Algo de su niñez, en los campos del sur de Chile o de la frontera, veían en los arrestos del pequeño vagabundo de las selvas y mucho de su presente, el porvenir para Juan Diablo. Sin ensueño, sin solución. Algo inevitable como la muerte.

—Como a Piñoncito, naide lo ve a éste entre las matas, observó Otto Kraus, gran amigo de Juan Diablo.

—Arrancay en el bajo una hoja de pangue y te sirve de carpa, aconsejó Troncoso.

Y el regocijo se extendió pueril y conmovedor, rompiendo la cansada gravedad de sus caras barbudas.

Abandonaron el despacho, pero esta vez más alegres y comunicativos. El inesperado acontecimiento desentumecía la inercia de sus vidas y esperaban el instante, cualquiera que fuese su resultado, como se esperan las estaciones o las fiestas que la tradición ha repartido a lo largo de la vida del pueblo. En la noche densa, clara de estrellas, como detenidas entre los muñones espectrales de los palos secos, se oyeron largo rato sus voces sordas y sus carcajadas sonoras.

Azócar quedóse un instante de pie, apoyadas las manos en la mesita. Esos vagos rumores de la noche eran su compañía desde que llegó a la montaña. Le era grato oír la letanía de las ranas en las márgenes de los gualves, rezando el rosario, según la frase de la Brígida. El largo chirrido de un concón que siem-

pre parecía el mismo, animaba los remansos de sombra, densificados por las colinas, haciendo menos temible su hosca soledad.

Sacó de su bolsillo las balas compradas y las vació sobre la mesa. Con seco chasquido rodaron por la dispareja tablazón, como si adquiriesen repentina vitalidad, al salir de la caja. En el relieve rojizo del fulminante, fulgía una chispa de luz; en el cono de acero, una rayola gris. Miró Azócar intensamente los pequeños y relucientes trozos de acero, encajados en las vainillas de bronce. Descolgó luego la carabina y empezó a echar una a una las balas en el cargador. Retuvo un momento el arma en los brazos, como si tomara posesión de ella. El peso de la maciza culata hizo desplazarse el arma hacia abajo. Por la puerta entreabierta, el cañón de la carabina apuntaba a la noche. Sus dedos se crisparon, en un arranque furioso, sobre el gatillo y hubiera querido disparar, enloquecido, a las estrellas, a los árboles, a algo vago e indefinido, que venía de las sombras espesas e indiferentes.

LAS NIEBLAS

Al amanecer del día Lunes se descargó una furiosa lluvia. No se interrumpieron las faenas del aserradero. Sobraban trozos de raulí en la explanada frontera al motor y los dientes voraces de la sierra seguían royendo las cortezas rezumantes de savia con aullidos de monstruos o con melódica quejumbre, si no hallaban resistencia en los troncos vencidos.

A las diez de la mañana, los ruidosos chaparrones se cuajaron en nieblas silenciosas. Acudían apresuradas y en ciega avalancha desde el lago, dormido en el fondo del valle. Atraíalas el volcán como a gigantescas mariposas de blancas alas. Desgarrábanse en el mudo clamor de los palos quemados, envolvíanlos en sus elásticos cendales y penetraban en alocado galope al seno oscuro de la selva virgen.

Y los ávidos follajes nuevos, los gualves erizados de totoras y las hondonadas insaciables, bebían el polvo de agua de las nieblas pasajeras.

Muy pocas resistían la sed devoradora de la tierra y las que lograban sobrevivir, seguían su carrera hacia la cumbre, en busca de su destino.

Agitábanse, desconcertadas, alrededor de su cúspide invisible, en rondas fantásticas, las de valles y lagunas, ríos y hondonadas, hechas una sola masa aérea y movable, hasta que el norte cerraba sus alas oscuras y entonces descansaban, apoyadas en el hombro blanco de los neveros, bajo la claridad azul de los

cielos, transpasado de luz su cristalino corazón de vapor de agua.

Otras veces, su trama de minúsculas gotas se rompía y veíanse, en los desgarrones, trozos de paisajes; potreros de sólidas tranqueras, espesos quilantares en las quebradas, impasibles hileras de gigantescos coigües, declives cruzados de troncos muertos, rojos retazos de caminos, algún rancho de tablas perdido en la selva o un inmenso coigüe que, a manera de puente, salvaba la madeja espumosa de un arroyo. Todo el panorama, múltiple y cambiante, de tierras a medio explotar, que uniformaba el barniz obscuro del repentino chubasco, porque en las regiones australes, aun en la plenitud del verano, cuando la siesta chirría de chicharras y los toros se adormecen bajo las quilas, el invierno despierta de su letargo y agranda los arroyos, ahuyenta a las abejas y obliga a los carpinteros y cachañas a meterse en los huecos de los árboles.

Pero el alocado ejército de las nieblas es dócil a todo impulso. Una ráfaga más helada las disuelve en agua de improviso y entonces todo desaparece bajo la cortina ruidosa de los chubascos.

LA BRÍGIDA

Azócar se desayunaba en su pequeño comedor, hecho de tablas de lingue apenas cepilladas y lleno del ronroneo de la chimenea de fierro donde ardían rojas brasas de hualle.

Miraba este telón de mallas cristalinas o de algodones alados, según predominasen las nieblas o la lluvia.

—Así no avanza el Toro Frutilla, pensaba jocosamente.

No estaba intranquilo. Acudía a su memoria la expresión de Troncoso.

—Es rechúcaro el Toro y sonreía.

La Brígida, una muchachona cerril, de pechos abultados y brazos sólidos, le había servido un jugoso pedazo de carne recién asada. Comió con apetito. Siguió con los ojos, era en él un hábito, los pasos lentos de la muchacha que le entregaba a cada minuto los mates cebados. Era hosca y triste, a pesar del gracioso óvalo de su cara y de los ojos negros, de cariñosa tibieza. El antiguo colono a quien se le compraron las mejoras de la hijuela, dejó la hija con la rancha y con los descampados, y la Brígida sin protestas, pasó a ser la querida del contratista. Derecho de pernada que pagó el pobre Anacleto Muñoz a los explotadores de la selva.

A las diez de la mañana cesó la lluvia y las nieblas se inmovi-

lizaron en torno del volcán. Una luz áurea, de límpido brillo, arrojó el paisaje húmedo, recién bañado.

Azócar tomó su carabina y salió al bosque, por detrás de la casa. Quería ejercitar su puntería. ¿Sería la misma de sus años de aspirante a oficial? En el tiro de combate, lo había vuelto a leer en su libreta de licenciamiento, ante blancos erguidos o hincados, su puntería fué sobresaliente, pero en la montaña su pulso podía haber variado.

Su otro yo, confirmó desde la conciencia:

—Con la carabina no es lo mismo que con una escopeta.

Saltó cercas, presa de febril actividad, resbaló en los gredosos declives o se metió entre los árboles, sin encontrar un blanco movido que le sirviese. Ni un zorro divisó entre los troncos, ni una torcaza entre los lingues ya maduros, ni siquiera un vagabundo perro de colono. La selva parecía aletargada aún con el peso del agua en los huecos de los troncos y en la tupida trama de los follajes. A veces, una ráfaga vaciaba las hojas y las gotas desprendidas fingían en la soledad un tamborileo de lluvia.

Al atravesar un descampado, un tiuque nuevo chilló en lo alto de un palo seco el pequeño poema de su vida en comienzo. Azócar se detuvo y esperó. El pájaro no lo había visto. Experimentó con aguda voluptuosidad la sensación primitiva del acecho. La carabina apuntó al tiuque, pero con rápido ademán, la apoyó en el suelo. Era hijo de campesinos y tenía por los tiuques una supersticiosa simpatía. El tiuque no es un pájaro dañino; al contrario, limpia los surcos de gusanos y los trigos nuevos de langostas. Ayuda al hombre, en las cercanías de cuyos ranchos empolla sus huevos manchados, en la sobria tosquedad de su nido. Su típico chíu chíu y el color de arcilla sucia de sus plumas, es una nota de la tierra chilena, de Tacna a Magallanes.

Pero sus músculos se recogieron con un enérgico gesto de voluntad.

—Con lástima no se llega a ninguna parte, recordó una frase de su abuelo.

Y apuntó otra vez el cañón de la carabina hacia el tiuque. Resonó con inusitada violencia el tiro (la atmósfera era de una límpida sonoridad) y se repartió por todos los rincones como si cada remanso de aire reclamase su parte de sonido. Pelota de carne fresca, rebotó el pájaro en el suelo. Lo cogió Azócar saltando troncos y clavándose en las quilas. Gotas de sangre manchaban el suelo. La bala había atravesado al tiuque de parte a parte. Lo poseyó, entonces, una frenética rabia destructora.

Muchas balas se incrustaron en las cortezas, con blando rebote. Muchas rompieron el resorte de unas alas huidoras o descabezaron la corola azulina de los cardos. Y su puntería lo dejó satisfecho. El pulso era el mismo.

Volvió al aserradero. Juan Diablo lo esperaba, sentado en la escalerilla que conducía a la terraza. Saltó al suelo apenas vió a Azócar. Y atragantándose, desembuchó la gran noticia:

—El motor viene p'arriba, por la hijuela de on Chavez.

Azócar perjuró con rabia:

—Y él.....lo dejó pasar.

Juan Diablo, amedrentado, repitió cómicamente las palabras de Azócar:

—Sí, pues, lo dejó pasar el.....

Azócar averiguó ahora:

—¿Trae mucha gente?

—Ocho, conté yo, con los fleteros.

Se dirigió directamente a los galpones. Hizo que Gutiérrez parara el motor. El momento de obrar había llegado.

Los obreros rodearon al contratista. Dirigiéndose a Gutiérrez, ordenó imperiosamente:

—El motor de Henríquez viene en la hijuela de on Chavez. Que vayan Gómez, Quilquitripay, Troncoso y Teófilo al camino. Hay que voltiar los ulmos y coigües que están a la orilla, procurando que se crucen en la huella.

Se dirigió a Juan Diablo que lo había seguido hipnotizado:

—Tú, pídele harina a la Brígida, y vuelves al camino. No le pierdas pisada al Toro.

Cinco minutos después vió Azócar desfilar a los hombres, con sus hachas al hombro. Iban alegres. Oíanse sus risotadas que los chucaos respondían desde las quilas, con acuosos gargarismos.

Azócar oyó la voz aguda de Teófilo García, un balseiro que sólo hacía una semana estaba en la faena. Rápidamente se había asimilado las costumbres de los hombres de la selva.

—¿No le tocará al coigüe onde está la colmenia?

—Y si le toca, la cosechamos. Buenaza qu'es pa la calor, replicaba Troncoso, el humorista del aserradero.

Se perdieron entre los gigantescos árboles. Iban como a una fiesta. El manso correr de sus vidas habíase desviado sorpresivamente y esto bastaba para ponerlos de buen humor.

Azócar volvió a su pieza y se tendió en la cama. La soledad, el pesado silencio que ciñó la casucha apenas el motor dejó de jadear y apagó la sierra su siseo característico, lo sintió Azócar como una amenaza, sobre su corazón.

Le era grato oír, en la mediagua, detrás de la pieza, los trajines de la muchacha que preparaba el almuerzo. Escuchábanse los gruñidos de los chanchos, a los cuales arrojaba los desperdicios. Repentinamente un escalofrío sensual estremeció sus nervios. Los duros pechos de su querida, sus carnes tibias y la mansa dulzura de sus ojos oscuros, fijáronse en su memoria. Estuvo a punto de llamarla (su resistencia no era un problema), pero necesitaba toda la energía de su cuerpo y de su espíritu para el instante que iba a venir.

Fué un alivio escuchar en los coigües el *zurruí* de las tórtolas y los gritos estrepitosos de los chucaos. Sintieronse golpes de hacha en el fondo del bosque. Se incorporó sobresaltado.

—Es demasiado pronto, se dijo. Aún no han llegado ni pueden oírse desde aquí los hachazos.

Abrió la ventana y se asomó al paisaje. Rió a su temor. Muy cerca, un carpintero, abrazado a un tronco con sus patas, martillaba a recios golpes de pico, la dura entraña de un coigüe.

Almorzó poco después con apetito. Era suculenta la cazuela de cordero, cocida al uso del sur, sin arroz, pero impregnada del sabroso dejo del soplillo, hecho con las primeras espigas del año. Destapó un tarro de duraznos al jugo, lo mismo que si tuviera un huésped de honor. Ahora dábase un banquete a sí mismo. Recordó que aún le quedaban algunas botellas de vino Benítez y descorchó una alegremente. Vació un poco de vino en una copa y la miró al trasluz. Rojeara el líquido como sangre recién vertida. Una idea clavóse en su cerebro y se transmitió con rápidos latidos al corazón. ¿Y si ese hombre me mata?

La pregunta era la reversión de sus propias intenciones. En el fondo estaba dispuesto a todo. Si no caía en el combate, las probabilidades de salir bien eran muchas. Desde luego, no atacaba. Previno astutamente al Comandante de Policía de Coyanco y Ramos dilataría el pleito con sus argucias de tinterillo. Su socio, el señorón santiaguino, ya estaba al tanto y había empezado sus gestiones en Santiago. En cuanto a la legalidad, era cuestión de influjos y de coimas: en la misma situación estaba el que deseaba ocupar el terreno fiscal como el que lo explotaba. Bebióse varios tragos de vino y tapó la botella cuidadosamente. Y esta precaución parecióle de muy buen agüero.

La muchacha entraba en ese instante con el mate. El calor de la cocina había encendido sus mejillas morenas y en la negra mansedumbre de sus ojos, brillaba la vida animal, pasiva e incitadora al mismo tiempo. Como un chispazo, la tentación recorrió de nuevo sus nervios. La cercanía del choque agudizaba su deseo. Volvió a reprimirse, sin embargo, ofreciéndole a la

muchacha un vaso de vino. Su mano áspera, en la que rojeaba un anillo de cobre, lo recibió confusa, manteniéndolo estirado como si temiera llevarlo a sus labios. Y bajó la vista, como si algo de lo que pasaba en la sangre de Azócar hubiera llegado hasta ella. Sin decir nada, mojó sus labios gruesos, oscuros, en el vino.

Azócar mirábala sorprendido. Como hacía dos años. Sin comprenderla.

Alta, de enérgica robustez, con unos pechos redondos y firmes que se pegaban al busto sin caerse, tenía, seguramente, mucha sangre española en sus venas. La nariz recta y la barba aguda lo delataban.

Azócar insistió:

—Bebe, Brígida, bebe otro poco.

Y su voz hacía suave y cariñosa. La muchacha volvió a mojar sus labios en los bordes de la copa, como en las fiestas familiares, sin mirar al que se lo ofrecía, aunque su mayor preocupación fuese precisamente el hombre que estaba junto a ella.

Azócar sentíase defraudado ante esta pasividad. Nunca logró penetrar en su alma esquiva que todo lo ejecutaba mecánicamente, sin entusiasmo, en tal forma la dureza de la vida había destruído en ella todo relieve. Su afecto, el ímpetu de su sangre moza jamás lograron encender una llama en esas carnes fuertes, pero insensibilizadas por rudas labores. Azócar sentía una amargura no confesada ante su frialdad, porque, en el fondo, empezaba a querer a la muchacha. Juan Diablo, la Brígida y el Mulato eran sus amores, Sin grandes diferencias, porque su egoísmo de hombre fuerte no hacía distingos ni concesiones. Queríalos, pero sin tomarlos en cuenta, sin sacrificarse. El caballo, la hembra y el niño eran los juguetes de su soledad, entretenimientos, a las cuales concedía un poco, pero a quienes exigía todo. Y en la vida de la selva, primitiva, elemental, cada uno vivía su vida aparte, sin hostilidad aparente, pero fríos, inmovibles, sin sufrimiento y sin amor. Estuvo a punto de contárselo todo a la muchacha, en un arranque romántico. Al saber que su vida peligraba, podría brotar su ternura, pero no; ella debía saberlo ya. Los peones lo habrían comentado en la cocina. Por las raciones repartidas a los hombres y a Juan Diablo y por la detención repentina del motor en pleno trabajo, debió enterarse, pero nada se advertía en ella. Era la misma de todos los días. Ni un gesto revelaba su escondida emoción, si algo había sentido.

Desalentado, Azócar decidió no decir nada.

—Sería como contárselo al buey Golondrina o a la Paloma.

Y si era vencido, lo veía con pasmosa claridad, el Toro Frutilla sería el sucesor y junto a él, se rozaría, en las noches heladas de la selva, su carne morena y resignada de esclava.

LA MUERTE DEL TORO FRUTILLA

A las dos de la tarde salió al campo. La nítida frescura, extrañamente inmovilizada, cubría como una urna de cristal, el paisaje de la selva. Tras el blanquecino ejército de los coigües quemados, diseñábanse las aglomeraciones de árboles, de un verde recién lavado. La transparencia del aire acercaba fantásticamente el cono del Coyanco, con su capa de nieves y su penacho blanquecino. En la hondonada, humeaban los techos de la barracas y los planos de las improvisadas ranchas del aserradero. Junto a los montones de aserrín, ennegrecidos por los chubascos, el letargo pesado de los trozos de raulí y los rojos castillos de tablas, geoméricamente alineados en la explanada como las casas de una aldea de enanos.

Azócar abarcó con su mirada este paisaje habitual, el mismo que recortaba en un marco de listones de lingue, todos los días, la ventana de su dormitorio. Afirmó en el hombro la correa del porta carabinas y avanzó por el camino hacia el deslinde de la hijuela. Los coigües volteados interceptarían ya las huellas de las carretas y el motor de Henríquez avanzaría, dando tumbos, hacia el corazón de la selva.

Oleadas súbitas de aire desentumecían las mojadas verduras y arrancaban puñados de vilanos en los cardales del camino. Salían de su prisión las plumillas, blancas, aéreas, subiendo alocadas a la cima de los árboles o patinando graciosamente sobre el pulido espejo de los aguazales.

Azócar salióse del camino y atravesó al sesgo los potreros, como en los días de caza. Saltaba troncos, encaramábase por las viejas cercas de yegua y volvía a tomar el camino para desviarse de él nuevamente.

Voces coléricas, enredadas en áspera disputa, llegaron hasta él. Escondióse velozmente entre unos renuevos de maqui. Allí esperó.

Los gritos hacíanse cada vez más roncós, más amenazantes y la selva los remedaba en una portentosa vocería. Parecían miles de hombres los que peleasen, detrás de cada árbol, en todos los claros del bosque.

Ante la proximidad del peligro, sus sienas martilleaban hasta impedirle pensar. Apoyó la carabina en un tronco y fué esto

un alivio inesperado; pero la terrible pregunta se precisó, ahora, aislada, con implacable relieve:

—¿Será miedo?

Advertía el temblor de sus manos y el menor choque de las claras hojas de los maquis lo hacía tiritar. Quería ver al Toro Frutilla, sin ser observado por él. Dábale mucha importancia a esta visión. Creíala una ventaja sobre Mera, pero, en el fondo, engañábase a sí mismo y era su instinto de conservación el que buscaba subterfugios para alejar el instante decisivo.

En la mano izquierda la carabina, Azócar penetró al interior de esta bóveda de maquis que brotaban con avasalladora pujanza entre los troncos quemados. Se fué acercando hacia el camino. Oíanse más distintas las voces, sin la amplificación del eco, pero aun no las individualizaba.

Predominó de improviso una voz llena, despótica y brutal.

Azócar la puntualizó.

—Ese es el «Toro Frutilla».

Apartó con precaución las dóciles varillas de los maquis, aproximándose más aun. Vió, primero, el motor, tumbado en violento desnivel a la orilla de la huella en declive, con el aspecto de un barco varado en la playa. Cerca los bueyes, jadeantes, desinflados, las anchas cabezas, aun con el peso del yugo, abatidas sobre el barro moreno. Y súbitamente, precipitáronse los latidos de su corazón. Delante, montado en un alazán de maciza grupa, brillante de sudor, un hombronazo de poncho negro que blandía una pistola de viejo modelo en la mano derecha.

Y sorprendióse de su propia voz, que respondía a su reacción:

—Con esa pistola no da en el blanco.

Sus nervios se aflojaron en alivio sedante. Avanzó algunos pasos. Vió a los boyeros, vestidos de harapos, como todos los hombres del sur, con sus garrochas apoyadas en el suelo, tal una escuadra de mapuches. Más atrás, un hombre decentemente vestido, que sujetaba un caballo de las riendas: el palanquero, seguramente.

El «Toro Frutilla» había acercado su alazán hasta la infranqueable barrera que formaron los coigües al caer, con sus troncos y sus ramajes quebrados. Ahí estaban sus hombres, con las hachas en la mano, encaramados en los troncos. Gutiérrez sonreía a la furia y a las amenazas de Mera, con un aplomo despectivo

Oyó muy bien las palabras amenazantes de Mera:

—Va a pagar caro este abuso de voltiar palos en el camino público, tu patrón, el jutre propasao ese. Y a vos también te va a llegar.

—El camino no es ná público. Es de l'hijuela, mirevé.

Era Troncoso el que hablaba.

Mera replicó con violencia::

—¿Y qué sabís, vos, rotò alzaó? ¿Quién te ha dado vela en este entierro?

Y Troncoso, entre agresivo y burlón:

—¿Por qué no te ponís bozal pa hablar a los cristianos, cara e gangocho?

Estallaron risas entre los hombres. La furia de Mera llegó al paroxismo. Se encaró con Gutiérrez:

—¿Y onde está el jutre, que no se le ve por ni'una parte? ¿Estará enmontañado e puro susto?

Azócar oyó la respuesta de su palanquero:

—Aquí cerquita, en las casas, lu'está esperando a su señoría.

Retrocedió algunos metros para salir al camino por detrás de los troncos recién derribados. Algunas ramas le podían servir de parapeto y asegurar el tiro.

Su repentina aparición desconcertó a los asaltantes. Prodújose un silencio lleno de ansiedad, que Azócar aprovechó para preguntar al grupo de hombres, sin tomar en cuenta al jefe para nada.

—¿Qué hay? ¿Qué se les ofrece? ¿Qué vienen a hacer aquí con ese motor?

Como proyectiles, rápidas, provocativas, asestó estas palabras al grupo. No quería mirar al Toro Frutilla. Su táctica consistió en prescindir de él para enardecerlo más aún. Conocía su hueca vanidad de matón, y, en efecto, lo vió enrojecer de rabia. Los pequeños ojos aviesos casi no se veían en la cara inflada y vinolenta.

Con una impresionante cólera de huaso (gritos roncós, revuelo de poncho) clavó espuelas al caballo, lo sofrenó frente a los árboles y vomitó los insultos con voz atronadora:

—Vengo a tomar lo qu'es es mío y lo que vos y tu patrón, li'han robao a on José Henríquez.

Azócar, descendiente de campesinos, sabía con qué palabras era preciso responder:

—Límpiate el hocico, cuatrero, pa hablar de mi patrón. Sabís que el terreno está ocupado y no permito a nadie que entre aquí.

—Muy enterao estái, jutre ladrón, pero vay a ver.

Con un rápido movimiento se echó el halda del poncho al

hombro derecho y apuntó su vieja pistola a Azócar. Este afirmó la carabina en una horqueta. Sentíase un hombre distinto, sin asomo de miedo. Una audacia reflexiva hizo pasmosamente certeros sus gestos y movimientos. Su voz desafió al Toro Frutilla enérgicamente:

—Desmóntate, si eres hombre.

No aceptó el reto. Deshecha su pintoresca arremetida de huaso no se habría desmontado por nada. Las miradas de todos los obreros se concentraron en los dos hombres que se observaban en actitud de desafío, las armas listas.

Resonaron dos estampidos casi simultáneos, con estruendosa repercusión en la bóveda de la selva. Los hombres se echaron al suelo o corrieron a guarecerse detrás de los árboles.

Oyóse una voz, a los pocos segundos, casi defraudada:

—Salí Baucha. No se tocaron ná.

Fué entonces cuando Juan Diablo gritó con su agudo acento infantil, que tenía de asombro y de júbilo:

—El Toro Frutilla.

Mera desplomaba su busto macizo sobre el cuello del alazán. Su mano crispada apretaba aún la pistola. Todos se precipitaron hacia él.

LA HUÍDA

Azócar no se movió de la barrera de troncos. Con gesto maquinal recogió la cápsula de la bala, cuyo brillo atrajo su mirada. Y no vió, por más esfuerzos que hizo, sino la crinuda cabeza del alazán y en torno las espaldas de los hombres, inclinadas sobre el caído.

Experimentaba ahora una sensación extraña. No sentía el latir de su sangre ni ideas cruzaban por su cerebro; pero la reacción llegó, por fin, Había que alejarse de allí cuanto antes. Metióse bajo los maquis y a grandes saltos por entre cercas, troncos y esteros, volvió a Huiscapi. Subió a su dormitorio. Puso en su maletín escrituras, libros de cuentas y el dinero traído de Coyanco y bajó a las pesebreras. Allí estaría el mulato que Juan Diablo le ensillaba todas las mañanas, pero una duda lo asaltó. ¿Y si el niño había olvidado de rodear la caballada?

Corrió por encima de los troncos de raulí para ahorrar camino. De un salto subió la escalerilla que conducía al galpón donde estaban las pesebreras. Respiró con desahogo. La cabeza nerviosa del mulato con sus ojos brillantes e inquietos, se asomaba a la ventanilla y parecía reconocerlo. Lo ensilló

como en sus tiempos de aspirante y tomó, en lugar del camino formado por las carretas trozadoras, un sendero que cortaba al través la montaña de raulíes. No quería caer en manos de la policía o de los carabineros. El recuerdo de su primera aventura en Lampa, donde murió un amigo de su infancia había dejado en él amarga huella.

En la cumbre de la colina se volvió a mirar la hondonada. Un escarpa de la montaña le ocultaba los galpones de su instalación; pero la chimenea del motor sobresalía del prolongado perfil, trazando, en el aire claro, una gruesa raya de carbón. Miraba con tibio afecto esos galpones que él mismo construyó. Tenía muy arraigado el amor del chileno campesino por la tierra, los árboles y las viejas casas. Veíase el techo de su dormitorio y la mediagua que servía de cocina. La Brígida, una mujercita enana a la distancia, bajaba en ese instante al estero con un balde, como todos los días.

Y Azócar sintió desmoronarse toda la fuerza que lo había embrujado, como los terraplenes después de los chubascos. Su corazón predominaba otra vez. El recuerdo de la muchacha lo ataba al rincón de selva con una voluptuosidad egoísta y animal. Tuvo el impulso de bajar de nuevo a la hondonada y en un arranque de su autoridad masculina, hacerla subir al anca de su caballo y llevarla a la cordillera, como algo exclusivamente suyo, como su caballo, como su poncho, como los billetes que guardó en su maletín y eran el producto de su esfuerzo; pero conocía los calabozos de los retenes y la lentitud de la justicia chilena. Esto lo decidió. ¿Qué más daba si nunca consiguió de ella una palabra de afecto?

Atravesó la meseta de la cumbre, densa de árboles y quilantos. El mulato tuvo un súbito amusgamiento de las orejas al doblar un recodo del camino. Una convulsión recorrió su cuerpo. Azócar se detuvo, apretando la cacha de su pistola bajo la ropa. Ruido de hojas trizadas por un paso rápido, oíase a la derecha.

Como un mono de resorte, la selva pareció expeler a Juan Diablo hacia el camino. Sucio de polvo, adherido en disparejos patacones negruzcos a su cara morena.

Se detuvo al borde del sendero y quedó inmóvil mirando a Azócar. Como siempre. La acción del niño conmovió profundamente a Azócar. Sus pies negros y deformes, habían corrido la selva entera, por barrancos y colinas, con una celeridad de pájaro para salir a su encuentro.

Esta vez fué el niño el que expulsó, con precipitado jadeo las palabras:

—Toro Frutilla muerto. Echa baba como un toro enojado. El botón del chileco lo metió, pa entro, la bala. Pa Coyanco fué el palanquero... el otro.

Azócar pensó darle dinero, pero encontró mezquina la recompensa. Tuvo otra idea:

—Acércate, Juan Diablo.

El niño se aproximó hasta el estribo. Azócar acarició la tiesa mata de pelo, áspera como la cabeza de un cardo seco. El niño bajaba los ojos con una vergüenza casi femenina:

—Gracias, Juan Diablo. Te has portado como un hombre. Me voy al puesto de Bahamondes para el lado de Caburga. Dile a Gutiérrez que no pare el trabajo... y tú, ensilla mañana el overo y llevas azúcar y yerba. Que no te vea nadie. ¡Adiós!

Clavó espuelas al mulato. Una vuelta del sendero le ocultó al niño, parado junto a un tronco. Cruzó rápidamente la meseta y bajó al cajón de un río, cuya corriente alborotada, la cubrían bóvedas de renuevos.

Un sol anaranjado enrojecía el océano verde claro de los follajes. A veces, coigües y pellines se agitaban con un lejano murmullo de resaca. De una quebrada, llegaba olor de laureles y trémolo de corrientes y el ruido se perfumaba.

Sólo sentía un agradable sopor, como si nada hubiera sucedido. La milenaria indiferencia de los árboles, tan altos como los cerros, asedaba sus nervios.

Se halló a los pocos segundos en plena cordillera. De los neveros, ensangrentados por la tarde, bajaban frías oleadas de viento. Al borde de un muro de escorias, el candelabro de un pehuén hacía reverencias al abismo que se abría junto a sus raíces.

Ahora era preciso galopar si quería dormir bajo techado esa noche.

Una frase cuajó su decisión una vez más:

—Don Pedro barajará el golpe como pueda. Yo me llevo el dinero.